

y del valor de la comunidad. Tampoco es tarea fácil. Requiere, de hecho, acompañamiento y paciencia, hasta que se van sanando miedos, inseguridades, egoísmos. Evangelizar pasa necesariamente por acompañar el aprendizaje de amar.

3. *Superconcentración o la alegría de adorar.* A pesar de que ha pasado más de medio siglo desde que fueron escritas, siguen siendo sobrecogedoras esas palabras de Martin Buber, en las que, al hablar de «Dios» reconoce que ninguna otra palabra ha sido tan vilipendiada a lo largo de la historia⁷². ¿Qué hemos hecho, por ejemplo, para que Dios sea considerado por muchos una amenaza para la vida, una carga cuya única finalidad es ahogar el gozo de vivir? Urge recogerla del suelo, dirá, para poder llevarla a la luz, pero sólo cuando uno es consciente de lo que se la ha maltratado. A Dios, dice, sólo se le puede invocar en vocativo. Es el momento en que desaparece toda locura y engaño, cuando los hombres se colocan ante Él a solas, y ya no dicen «Él», sino «Tú».

Adorar es «dejar a Dios ser Dios», confiarse en Él, dejarse mirar, amar y hablar por Él y amarle con el corazón y el alma, experimentar la alegría y el gozo de ser ante su presencia, y dejar que esta presencia me configure, me sane, me redima. En último termino, «Dios» sólo me es accesible en la oración, en la intimidad con Él, en la comunidad que celebra y ora. De ahí la necesidad de procesos de fe en los que no sólo se hable de Él, sino que se sea capaz del balbucear un «tú» orante, confiado.

Sólo desde esta experiencia de Dios puede fundamentarse un diálogo que no sea mera confrontación de ideologías. Sólo desde la experiencia de este Tú, al que no podemos atrapar, es posible también el diálogo interreligioso. En definitiva, sólo podemos recibir del otro, y «recibirnos» del otro, ofreciéndole lo más nuestro, pues sólo desde la propia identidad y desde el amor cabe la aceptación real de la alteridad y un diálogo profundo y serio. Juntos podemos ayudarnos a crecer mutuamente, juntos podemos ser testigos de la inalienable dignidad humana, cuya verdad no se encierra en su propia finitud, sino que está llamada a abrirse a un Misterio que la funda y sostiene.

Al final, la alegría de ser, de amar y de adorar confluyen. Las tres se implican y explican recíprocamente. Y es que nuestra vida, la vida de la Iglesia, no es sino Su mirada impresa en nosotros, ante la cual despierta la alegría de ser y de amar.

3. *Concluyendo*, la Iglesia sabe que pertenece al misterio de cómo Dios ama al mundo. La conciencia de pecado, de debilidad, los miedos, tentaciones o inseguridades, que también anidan en la Iglesia, no pueden sofocar su vocación de ser “sacramento universal de salvación”, luz de las naciones. Lo que sí debe darse en ella es la exigencia de conversión y la vuelta constante a la fuente de donde mana su ser y su misión.

⁷² Cf. M. Buber, *Eclipse de Dios*, Sígueme, Salamanca 2003, 42.

La constitución *Lumen gentium* comienza oportunamente hablando de la comunión con Dios y sólo después de la comunión de los hombres entre sí. La comunión de la Iglesia con Dios es la raíz de su vocación de Siervo y la garantía de su eficacia como sacramento «para» el mundo y «del» mundo. Sólo ahondando en la comunión con Dios, puede la Iglesia atreverse a caminar en kénosis confiada, sólo unida a su Señor puede prolongar en el espacio y en el tiempo el proyecto de Dios, realizado por Jesucristo en el Espíritu, que es llevar al mundo a su verdadera meta por el camino del amor. “*Tanto amó Dios al mundo...*” (Jn 3,16).

El drama íntimo de Pablo: el amor por su pueblo

Rev. Aragon. Teol. 29 (2009)

Tomás Otero

El título de este artículo resulta ambiguo y puede suscitar falsas expectativas; el adjetivo “íntimo” puede sugerir algún tipo de análisis psicológico de la personalidad del apóstol o una exploración introspectiva de su experiencia espiritual, apoyándose, por ejemplo, en el conocido pasaje de 2Cor 12,7, en el que confiesa Pablo que para que no se engriera en la sublimidad de la revelaciones recibidas, le fue dado un aguijón a su carne, “un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría”. En realidad, más que una cuestión de carácter psicológico o espiritual, el drama al que hace referencia el título es de carácter teológico, o sea, tiene que ver con la comprensión del mensaje cristiano, el evangelio del que Pablo es apóstol. Esta cuestión teológica no es otra que la de la salvación del pueblo de Israel. Una cuestión teológica, pero que afecta a Pablo no sólo como teólogo que reflexiona sobre el mensaje cristiano, sino personalmente. No es para él únicamente un problema intelectual, también lo es afectivo. Como hijo del pueblo de Israel, siente una gran tristeza y un dolor incesante –así lo afirma en la carta a los Romanos– por la resistencia de sus compatriotas a aceptar el anuncio del evangelio.

Como comentaré más adelante, estas palabras introducen una amplia reflexión sobre la situación de Israel en el plan salvador de Dios, de modo que los sentimientos personales van de la mano de la reflexión teológica. Es éste un rasgo del modo de hacer teología por parte de Pablo que merece la pena destacar, en sí mismo y porque nos ayudará a entender mejor ese drama íntimo, ese sufrimiento interior que le producía comprobar cómo la mayoría del pueblo de Israel, de sus compatriotas judíos estaba rechazando la salvación que Dios ofrece en el evangelio. Para Pablo la teología, en cuanto esfuerzo por comprender y explicar el mensaje de la fe, no es una actividad meramente intelectual, académica, sino una forma de ejercer su misión apostólica y pastoral de guía y cuidado de las comunidades cristianas. La reflexión teológica brota y forma parte del ejercicio de su apostolado. Y del mismo modo que es apóstol con toda su persona, con la cabeza y el corazón, así también vive con toda su persona las cuestiones teológicas con las que se enfrenta.

No es extraño, por eso, que en medio de una profunda exposición sobre un tema de calado teológico, Pablo exprese sus sentimientos íntimos y personales. Como

ejemplo puede citarse el capítulo 3 de Flp, donde expone su convicción de que la salvación viene únicamente por medio de Jesucristo y no a través de la observancia de la ley judía en términos muy personales y autobiográficos: “judío de la tribu de Benjamín... todo lo considero basura...”. La implicación personal con que Pablo vive el Evangelio y todo lo que el Evangelio significa de realización en la historia del proyecto salvífico de Dios, hace que no se pueda establecer una línea divisoria neta entre su vivencia psicológica (sentimientos, afectos...) y su pensamiento teológico.

Hecha esta precisión, podemos centrar ya nuestra atención en ese drama íntimo, ese motivo de sufrimiento interior profundo que para Pablo supuso la incredulidad de sus compatriotas judíos ante el anuncio del Evangelio. Para ello debemos empezar por considerar lo que para Pablo y sus contemporáneos significaba ser judío y de qué manera su conversión al cristianismo modificó esa comprensión.

LA CONCIENCIA DE SER JUDÍO

¿Qué significa o qué significaba a comienzos del siglo I ser judío? Entonces, lo mismo que hoy, la condición de judío no se definía por la vinculación a un determinado espacio geográfico. En la actualidad en el Estado de Israel vive sólo una parte de la población judía mundial, mientras que el resto habita en otras partes del globo. Según las estadísticas, en EE.UU. hay tantos judíos o casi como en Israel. A comienzos de la era cristiana eran también muchos los judíos que, en algunos casos desde hacía siglos, vivían fuera de lo que entonces se llamaba Palestina y que, desde tiempos antiguos, había sido el territorio patrio de los judíos. La localización geográfica en un determinado lugar no sirve, pues, como criterio para definir la condición judía. El propio Pablo nació fuera de Palestina, en Tarso, ciudad de Cilicia en el Asia Menor, donde residía su familia.

Mayor importancia para definir la condición de judío tiene el criterio étnico o racial: es judío quien desciende de judíos (concretamente, se considera que esta descendencia es transmitida por vía materna). En último término la descendencia se remonta hasta los patriarcas, Abrahán, Isaac, Jacob y los doce hijos de Jacob, que constituyen los ascendientes remotos del pueblo de Israel. La importancia de la descendencia étnica para ser judío la vemos reflejada en Flp 3,5, donde Pablo muestra su “carnet” de judío: “circuncidado al octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos”. La descendencia que garantiza la pertenencia al pueblo judío no debe ser entendida, sin embargo, en sentido exclusivamente biológico. Por una parte, porque, a lo largo de la historia, personas ajenas al tronco biológico de los patriarcas se han unido y han formado parte del pueblo judío; por otra parte y sobre todo, porque a la descendencia biológica ha ido vinculada una herencia que, de manera genérica, podemos llamar cultural. En consecuencia lo que define al judío es, sí, la descendencia

biológica, pero unida a una herencia cultural que determina el modo de estar en el mundo y de vivir del judío. Por eso, también quien no desciende biológicamente del tronco de los patriarcas puede llegar a ser judío, adoptando el modo de ser y de estar en el mundo que es propio de los judíos.

Como parte esencial de esta cultura que determina el ser judío encontramos el factor religioso. De hecho la religión constituye la raíz y el elemento más determinante del modo de ser y estar en el mundo del judío. Por lo menos lo constituía en los tiempos de Pablo y lo ha constituido a lo largo de la historia, si bien en el presente las cosas han cambiado, ya que muchos judíos se sienten tales sin ser religiosos, sin creer ni practicar la religión judía. Es lo mismo que ocurre en el mundo cristiano, donde se vive una cultura que tiene sus raíces y está impregnada por los valores del cristianismo independientemente de que los individuos sean creyentes, agnósticos o ateos. Pero esta separación entre lo religioso y lo cultural no deja de ser un fenómeno moderno. No se daba ciertamente entre los judíos a comienzo de la era cristiana. En aquel entonces ser judío de raza y cultura era inseparable de ser judío de religión.

Más aún: era el factor religioso el que definía la identidad judía. Ser judío era pertenecer y sentirse miembro del pueblo elegido de Dios. La fórmula “pueblo elegido de Dios” expresa la relación peculiar que vincula a Dios con Israel. El Dios único, Dios de la creación y Dios de todos los pueblos se ha vinculado de una manera particular con los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob, de forma que es identificado como el Dios de Israel. Este título no se utiliza para distinguir al Dios de los judíos de los dioses de otros pueblos, puesto que el Dios de Israel es el único Dios, sino para manifestar el compromiso que este Dios, cuyo nombre propio es Yahvé, ha adquirido con el pueblo de Israel. El compromiso se expresa en la idea de elección, que se concreta en las de promesa y alianza.

Entre todos los pueblos de la tierra que Él ha creado, Dios libre y gratuitamente escogió para sí al pueblo de Israel para convertirlo en su propiedad personal, reino de sacerdotes y nación santa (cf. Ex 19,5-6). La elección no supone ningún mérito previo por parte de Israel; de hecho Dios lo escoge antes de que exista como pueblo, en la persona de su antepasado Abrahán, de modo que Israel existe como pueblo gracias a la elección de Dios. Su fidelidad, la fidelidad de Dios con la descendencia de Abrahán está asegurada por las promesas hechas al patriarca y renovadas a sus descendientes. En el libro del Génesis, en la historia de los patriarcas, encontramos formuladas estas promesas en las que Dios asegura a Abrahán una gran descendencia, la posesión por esta descendencia de la tierra de Canaán y la bendición divina.

Sobre la base de las promesas hechas a los patriarcas, Dios estableció una alianza con Israel en el monte Sinaí, cuando liberó al pueblo de la esclavitud que sufría en Egipto. Por la alianza, Dios se comprometió a ser el Dios de Israel y el pueblo, por

su parte, se comprometió a reconocer a Yahvé como su único Dios y a cumplir los mandamientos, leyes y preceptos que Dios le dio. Estos mandatos dados por Dios a través de Moisés (excepto los diez mandamientos, que promulgó directamente) constituyen la Torá, la Ley de Dios, contenida en los cinco primeros libros de la Biblia, que nosotros llamamos Pentateuco y los judíos designan como Torá.

Prescindiendo de cuestiones de crítica histórica y literaria sobre la formación de la Torá y de los avatares históricos del pueblo israelita desde los tiempos del Moisés hasta el siglo I de la era cristiana, el caso es que a partir del siglo V a.C. la Torá, la Ley, se convirtió en el factor esencial de la identidad judía. Ser judío, en Palestina o fuera de ella, era vivir bajo la Ley de Moisés. Ahora bien, de la Torá que abarca todas las dimensiones de la vida humana, regulando desde el culto que se da a Dios hasta la conducta moral humana, pasando por la organización política y económica de la sociedad, adquirieron un especial relieve aquellos preceptos que de manera más clara diferenciaban al judío de quien no lo era. Así se destacan, como signos de la identidad judía, preceptos como la circuncisión, el descanso sabático y las normas sobre alimentos puros e impuros. En torno a ellos, como se ve en las cartas de Pablo y también en los relatos evangélicos, va a girar en buena medida la polémica y el enfrentamiento entre los judíos y los primeros cristianos, que, no lo olvidemos, eran también judíos, aunque enseguida empezaron a unirse a ellos hombres y mujeres de la gentilidad, es decir, no judíos.

EL CRISTIANISMO Y LA IDENTIDAD JUDÍA

El primer grupo cristiano, los discípulos del judío Jesús de Nazaret, eran y se sentían judíos. Ni Jesús pretendió fundar una religión distinta del judaísmo ni sus discípulos le atribuyeron tal intención. Lo que Jesús afirma es que ha venido a dar plenitud y cumplimiento a la religión judía, al proyecto de salvación de Dios, a la revelación que había tenido como primer destinatario al pueblo de Israel y que estaba contenida en los libros sagrados de los judíos. Este llevar a cumplimiento y dar plenitud implicaba, como se ve en los evangelios, relativizar la importancia de algunos de esos preceptos de la Torá que eran especialmente distintivos de la identidad judía. En los evangelios aparece la polémica de Jesús con los judíos, especialmente los fariseos, en torno a la interpretación del mandamiento del sábado y de las leyes sobre alimentos puros e impuros. Pero, en principio, para hacerse discípulos de Jesús no se exigía ni mucho menos renunciar a la conciencia de sentirse judío. Lo que Jesús reclamaba era vivir el judaísmo, la fe en el Dios de Israel, de una manera nueva, determinada por la buena noticia, la novedad de la llegada del Reino de Dios.
